

## **Mito y símbolos fundacionales de los antiguos mexicanos.** Luis Barjau

(28 Nov.) (Conferencia ALA-ICA 2017. Tema "Interculturalismo y culturas originarias". Panel, "Archivos y culturas mesoamericanas". Centro Médico Nacional Siglo XXI. Unidad de Congresos.

El mito nace de las transiciones como estableció Víctor W. Turner en la Enciclopedia Universal de las Ciencias Sociales.

Para el México antiguo la culminación del largo periodo de migración desde inciertas regiones norteñas del continente americano, pero que concluyó con la fundación de México-Tenochtitlan en el altiplano central significó sin duda una transición: del seminomadismo, al sedentarismo.

La transición de aquella sociedad los llevó a formular mitos y símbolos para grabar la memoria hasta la fundación de la ciudad.

Se ha dicho que cuando, a un cierto punto del devenir histórico, se plasman por escrito los mitos antiguos, esta fijación da paso a la literatura. Así Homero en la Grecia habría puesto por escrito el conjunto de leyendas que constituyen el corpus de la *Iliada* y la *Odisea*.

En México no ocurrió ese fenómeno de la escritura propiamente literaria. Los mitos indígenas cristalizaron en crónicas históricas.

Pero el resumen factible fue que aún con todos sus tropiezos se conservaron los mitos antiguos. El mito es una narración de carácter oral sobre los orígenes. Esta cualidad implica que hay muchos narradores de los mismos tópicos a lo largo del tiempo. Voces que imprimen particularidades personales del narrador. Particularidades que establecen contrapuntos, de diferentes tonos, a la pieza oral; contrapuntos que establecen tensiones dinámicas con segmentos o patrones narrativos más o menos fijos, que también se forman. En suma: el mito se parece a una escultura de barro modelada por muchas manos.

Siendo así la, su narración hispánica habría quedado como la última voz, o para seguir con nuestro símil, las últimas manos que tocaron a la pieza de barro. La última, necesariamente, porque esa voz o esas manos, fijaron el mito por escrito en las crónicas históricas del siglo XVI. Y a este punto, otra vez, ocurre una transición. España y Mesoamérica, involucradas, son piezas también, en la sucesión del tiempo, de la recreación mítica.

Al haber muchas voces pues, incluida la fijación escrita que hicieran los cronistas, hoy tenemos muchas versiones sobre los mitos. Del mito mexicano de las Edades o Soles conté<sup>1</sup> ocho versiones distintas. Unas reportaban 3 soles, otras 4 y otras 5.

Sobre el significado del nombre de México así como la fecha y la fundación de México Tenochtitlan, ocurre lo mismo.

Para fines de esta exposición me baso en una selección de fuentes de los siglos XVI, y XVII, tanto las que son de cronistas españoles, como las escritas en náhuatl por autores indígenas.

La fuente *Historia de los mexicanos por sus pinturas* indica que las tribus que salieron de Aztlán, traían la consigna de erigir su templo, en los sitios donde se detenían por una temporada. Así, la migración iba de un templo originario a otros fundados en los sitios del trayecto, hasta culminar en el Templo Mayor de México-Tenochtitlan. La peregrinación religiosa fue de un templo originario, a otro, final. Un viaje que empieza a señalar desde los orígenes el papel que ocupaba la religiosidad en la mente mexicana. Pero la consigna principal del dios tutelar es que al asentamiento final de la tribu, sigue el sometimiento guerrero de todos los reinos circunvecinos.

El mito fundacional está ya cristalizado en un conjunto de fuentes escritas. Pero cada una de ellas imprime una narración peculiar que aborda el conjunto del mito desde distintos pasajes del mismo. Así, el mito configura un manto tejido de donde hay que sacar el hilo esencial de la narración que no es más que aquel que narra una historia consecutiva que va desde las siete cuevas de Chicomoztoc hasta la primera piedra puesta, del Templo Mayor. Sahagún apuntó que desde el inicio de la peregrinación desde Aztlán los peregrinos venían guiados por un principal o cacique llamado Mecitin (de *metl*, maguey y *citli*, liebre), una deidad vegetal. A un cierto punto del camino este Mecitin, de donde tomaron su nombre los mexica o “los de Mecitin”, habría cambiado el nombre del guía en turno, Huitziltzin, en de Huitzilopochtli, “colibrí del sur” o “zurdo”.

Este cambio marca otra transición. Otra vez la fuente anónima *Historia de los mexicanos por sus pinturas* nos da la versión de esta transición: cuando la peregrinación llegó al cerro de Coatepec (cerro de la serpiente), situado un poco antes de Tula, nació “otra vez”, (ya que siendo dios “podía lo que quería”), Huitzilopochtli, de su madre Coatlicue (“falda de

---

<sup>1</sup> Luis Barjau, *El mito mexicano de las edades*, M.A. Porrúa, México, 1995

serpientes”). Del seno de su madre nació armado y mató a sus hermanos los *Centzonthuitznahua*, o 400 estrellas del sur, que intentaban matar a la madre por haber sido preñada clandestinamente.

Coatlicue (Chimalma en otras fuentes) había quedado encinta por efecto de unas plumas blancas caídas en su seno.

Aquí es importante observar el proceso de creación del propio dios. Según la fuente indígena *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, tomo I de Domingo Chimalpáhin,<sup>2</sup> era originalmente Tetzauhtéotl el guía de los mexicas en su peregrinación desde Aztlán; y Huitziltzin, que después sería Huitzilopochtli, era *teomama* (sacerdote que carga el envoltorio del dios) del dios Tetzauhtéotl Yaotequihua. Notemos solamente, con independencia de las versiones distintas, que ya el guía originario se transfiguró en el dios. Y que este dios en sueños señala a alguien más el camino. Pero en todo el recorrido de la peregrinación hubo siete caudillos y uno de ellos fue Tetzauhtéotl. Y cuando llegaron al altiplano central, el *teomama* de Huitzilopochtli, quien recibe las instrucciones del dios en sueños, es Cuauhtequetzqui. Éste aprehendió y mató a Cópil, sobrino del dios e hizo enterrar su corazón en el lago. Por último, se dice que Cuauhtequetzqui se transforma en el águila y Tenoch en el nopal donde el ave se posa. La transformación al menos de Cuauhtequetzqui en águila podría considerarse como su transformación en dios, en virtud de observar a los guías anteriores que se transformaron en deidades. Pero sería Tenoch quien arrojara el corazón de Cópil entre los juncos donde hoy está la iglesia mayor.<sup>3</sup>

Aztlán originario era “lugar de la blancura o de garzas”, color y objeto (plumas) del fetiche que Chimalma se pone en el pecho. Lo que equivaldría a la creación del dios por la blancura de los orígenes. Si Aztlán era el lugar de la blancura, otras fuentes señalan que el lugar del lago donde se funda la ciudad mexicana era también lugar de la blancura porque todo en su entorno era de este color. Se observa que, del blanco de Aztlán deberá seguir el blanco del sitio de la fundación.

Internamente funge otra geometría interpretativa, por decirlo así, que consiste en la relación de la deidad con quienes la transportan, léase también, con quienes la difunden y que son los sacerdotes, esa geometría va de la esencia divina a los sueños de los hombres:

---

<sup>2</sup> Cien de México, Conaculta 1998

<sup>3</sup> Id.61

Huitzilopochtli siempre aparece en sueños de sus sacerdotes para indicar el camino a seguir y la acción a lograr. La peregrinación es un destino indicado en sueños, que va a llegar hasta el símbolo fundacional del corazón-nopal-águila.

Los animales simbólicos en todo este complejo, son, el colibrí, la serpiente y el águila.

El cerro de la serpiente es el sitio donde concibe Coatlicue, donde nace Huitzilopochtli y donde mata a sus 400 hermanos.

A su vez, los 400 hombres “los hizo” Tezcatlipoca. Padre e hijos que son entidades de la noche. Y esta deidad es consorte de Coatlicue-Chimalma, la tierra, donde brota (nace) Huitzilopochtli, el sol que mata a la noche. Y los 400 habían “resucitado” para intentar la muerte de su hermano. Pero no fue sino que éste los mató a todos ellos.

Los 400 habían resucitado antes de que el sol “se hiciese”. Huitzilopochtli funge como sol y los 400 como las estrellas, la noche, la obscuridad. Primero la oscuridad eterna, hasta que brota la luz que ilumina la vida humana. Y el rito (Fuego Nuevo), propugna por que se mantenga.

De mantenerse el mito solamente en su dimensión cósmica, su lectura inmediata no podía ser otra que, al nacer el sol desaparecen las estrellas junto con la luna.

Fray Bernardino de Sahagún agrega que al frente de los 400, iba Coyolxauhqui la que instigaba para matar a la madre Coatlicue. Y también que entre los 400 había un “traidor de la noche” llamado Quauitlicac, que informaba a Huitzilopochtli sobre las medidas que aquellos tomaban en su contra y a qué punto del camino iban hacia Coatepec para matarlo estando en el vientre de la madre y para matar a esta misma. Pero el dios los mata a todos. A la hermana instigadora la mata con una serpiente de fuego, (Xiuhcóatl), la decapita y aventándola de lo alto del monte la desmembra por completo. Así apareció en 1978 la famosa piedra labrada al pie del templo mayor, como una conmemoración del azteca establecido, del hecho mítico de la destrucción de la instigadora, Coyolxauhqui-Malinalxóchitl.

Aquí tenemos al dios tutelar, guía de los legendarios peregrinos, Mecitin-Huitzilopochtli, enemigo de sus hermanos y destructor del hijo de su hermana Malinalxóchitl, llamado Copil.

Hay un hecho en la narración que es de mucha importancia: el abandono con un fin predeterminado. Así encontramos que a un punto del viaje, en Patzcuaro, el dios revela a

sus sacerdotes que es necesario abandonar a un grupo en ese lugar para que funden un pueblo en él: Tzintzuntzan, lugar de colibries, ave emblemática de Huitzilopochtli. De manera práctica el abandono es para resguardar a los ancianos que no pueden continuar el viaje.

El abandono en Patzcuaro ocurre cuando un grupo de hombres y mujeres se bañan en el lago. Aquí hay una transición del grupo azteca.

Otro más ocurre cuando en Malinalco la tribu prosigue su camino dejando a Malinalxóchitl, hermana de Huitzilopochtli, durmiendo. La durmiente no se da cuenta de que el grupo mexica continua su camino y ella funda Malinalco.

Cuando se establece en Malinalco deificada ella misma por parentesco, está embarazada de Tezcatlipoca y habiendo sido este dios, consorte de Coatlicue, en este punto se consuma el incesto divino, igual que se puede observar en la mitología griega. Embarazada de Tezcatlipoca, según refieren unas fuentes, la venganza se convierte en el objeto de su existencia. Nace su hijo, Cópil y es educado para ejercer dicha venganza.

Ella fue abandonada porque ejercía de sacerdotiza. Es divina, manda y decide entre parte del grupo. Practica la magia y está calificada de nigromántica.

De manera que, a opinión de algunos (v. Orozco y Berra y Chavero), su abandono tiene el significado de una escisión religiosa: apartar a las mujeres del culto.

Cópil crece pues con la misión de la venganza: debe eliminar a su tío Huitzilopochtli, al que busca y termina por encontrar a orillas del lago, en Chapultepec, mientras que él se ubica en el Tepetzinco o Peñón de los Baños del otro lado del lago.

La batalla encarnizada, entre ambos ejércitos, ocurre, a falta de su descripción, mágicamente de orilla a orilla, por el agua y por el aire. Cópil cae vencido y por instrucción del dios le es arrancado el corazón a manos del sacerdote Cuauhtlequetzqui. Éste parado en un tepetate sostenido por dos sillas una negra y otra roja avienta el corazón entre un tular del lago. Aunque ya vimos que en otras fuentes Tenoch es quien realiza el lanamiento. Y de Mecitin y Tenoch deriva el nombre de la ciudad. Es necesario recordar que cuando Huitzilopochtli al nacer mata a sus hermanos, les saca los corazones y los ingiere. Así el corazón se transforma en el alimento esencial del dios. Y con este alimento, el corazón de Cópil, se señala el lugar entre tulares del lago donde se habría de erigir el Templo Mayor.

Sobre el corazón de Cópil, caído sobre una piedra del fondo del lago, crece el nopal donde se posa el águila a devorar su alimento, señal del sitio de la fundación de la ciudad sagrada. Su alimento, según versiones distintas, es la serpiente, aves y agua quemada, la sangre, símbolo de guerra o *tlachinolli*.<sup>4</sup>

Malinalxóchitl, furiosa por la muerte de su hijo, avanza hacia el sitio de la fundación. Avanza mágicamente, con sus poderes shamánicos, como un ventarrón que se va transformado en diferentes animales. Esta es la facultad de un tipo especial de sacerdotes o shamanes conocidos por la etnografía inglesa como *tricksters*, aunque en el seno de las creencias extralógicas se trate de una capacidad mágica de metamorfosis para la conversión humana en distintos animales. La hechicera así deviene serpiente, alacrán, araña, águila. Y como tal poderosa ave de rapiña, que simbolizó el sol y advocación del propio dios, es la que se posa en el nopal, sobre el corazón de Cópil, para devorar su alimento.

El testimonio del águila-Malinalxóchitl es de Diego Durán, que apuntó que la hechicera era la misma que Quilaztli. Esta diosa transformada en águila cuando guerreaba con las huestes de Huitzilopochtli, en la peregrinación, se posó en un nopal y les habló desafiándolos. Quilaztli aceptaba tener además otros cuatro nombres: Cohuacíhuatl (mujer-culebra), Cuauhcihuatl (mujer-águila), Yaocíhuatl (mujer-guerrera), Tzitzimicíhuatl (mujer-infernal).

Cihuacóatl es la diosa madre del género humano<sup>5</sup>; Sahagún dijo que era la misma Tonantzin, nuestra madre (que habría de ser el trasfondo sincrético de la virgen de Guadalupe), y que dicha mujer-culebra equivale a la Eva cristiana.

Veytia llevó más lejos la interpretación diciendo que el Tloque Nahuaque había creado una pareja originaria en el paraíso y que la mujer era la Cihuacóatl, llamada también Títitl, “nuestra madre o el vientre de donde nacimos”<sup>6</sup> y también Teoyaomiqui “diosa que recoge las almas de los difuntos”.

A Cihuacóatl-Malinalxóchitl la llamaban también Quilaztli, como quedó dicho. Y decían que siempre paría gemelos (cocohua, cuates), que se aparecía vestida de blanco como gran

---

<sup>4</sup> v. el teocalli de la guerra sagrada, monumento de la sala mexicana del Museo Nacional de Antropología.

<sup>5</sup> Cecilio A. Robelo, *Diccionario de mitología nahua* Ed. Porrúa, México 1982

<sup>6</sup> Op.cit

señora y “que de noche voceaba y bramaba en el aire”<sup>7</sup>, lo cual insinúa una asociación con La Llorona novohispana.

En el área del Templo Mayor se erigía también el templo consagrado a Cihuacóatl, el Tlillan “lugar de negrura” porque estaba cerrado y con sólo una pequeña portezuela para los sacerdotes. La investigación arqueológica lo descubrió en los cimientos del actual Museo Nacional de las Culturas del Mundo. Allí se encerraba Moctezuma a interpretar las profecías sobre el fin de su imperio.

Con el nombre de Xilonen consagraban a una joven, simulación de la propia diosa y que era sacrificada en la fiesta *Tecuilhuitl* o de los grandes señores.

Chavero agregó que Cihuacóatl, Chimalma y Coatlicue eran una sola deidad de la tierra.

Por último, el sacerdote de la diosa, con su nombre Cihuacóatl, fue un funcionario que impartía justicia y su autoridad no podía ser contrariada por nadie, ni siquiera por el tlatoani.

La interpretación pues, diversa y tortuosa, acabó por sugerir una tendencia a observar en el águila, el ser poderoso que destruye a la serpiente misma que incitara a la Eva cristiana en el paraíso para probar el fruto del árbol prohibido, el de la ciencia del bien y del mal, ciencia reservada solamente a Dios. Esta es la última mistificación que hicieron los sacerdotes cristianos.

De esta manera la narración conserva una posible secuencia unilineal que permite seguir un orden lógico de los acontecimientos.

Así encontramos que en la descripción del mito que hace el dominico Diego Durán, a la muerte de Cópil prosiguió una encarnizada batalla. Y aunque ya estuviera señalado el corazón del lago donde habría de nacer la ciudad sagrada de México-Tenochtitlan, la hueste de Cópil logra conseguir la unión militar de Azcapotzalco, Tacuba, Coyoacán, Xochimilco, Culhuacan y Chalco para asediar a las fuerzas de Huitzilopochtli.

Ante el asedio militar de todos estos reinos, los mexicanos se recogieron en el cerro de Chapultepec para resistir la ofensiva. Huitzilopochtli acompañado de su pueblo, con todas las mujeres, niños y ancianos, se mueve hacia un lugar llamado Mazatla y a partir de allí se fue acercando hacia Culhuacan. Envió entonces una comisión con sus mejores hombres para proponer un pacto con Achitometl el señor de Culhuacan, suplicando que se les

---

<sup>7</sup> Op.cit

permitiera ocupar un lugar fuera de las tierras e intereses del señorío, para asentar a su pueblo. La embajada tiene éxito y el rey culhuacano les depara las tierras de Tizaapan, detrás del cerro de Culhuacan y donde se parte el camino para ir a Cuitláhuac y a Chalco. Tizaapan es un sitio inhóspito, plagado de serpientes y otras alimañas venenosas, que los culhuacanos preveían como el lugar que por sí mismo acabaría con los mexicanos sin que fuera necesario proseguir con la sangrienta batalla. Pero los mexicanos limpian el lugar plagado de sabandijas y se alimentan de las serpientes. Roturan los campos y viven cada vez con mayor prosperidad lo cual causa la estupefacción de los culhuacanos, pero también su respeto y el miedo de semejante pueblo.

Huitzilopochtli habla otra vez, en sueños de sus sacerdotes para ordenar que se proponga a los culhuacanos el enlace progresivo con ellos por vía matrimonial de sus mancebos. Y particularmente piden a Achitómetl que conceda a su hermosa hija para esposa ritual de su gran deidad Huitzilopochtli. El rey culhuacano accede previendo que su hija sería divinizada con el dios de un pueblo con el que era mejor y prudente estrechar lazos para evitar un conflicto en lo sucesivo. Este procedimiento era además un viejo recurso del pasado para evitar la violencia intertribal y hacerse cada vez más poderosos al extender considerablemente el reino. Pero los mexicanos sacrifican a la hija del principal culúa lo que implica una declaración de guerra.

“Llegada y puesta en supremo lugar [la princesa culhuacana,], aquella noche habló Huitzilopochtli a sus ayos y sacerdotes y díjoles: Ya os avisé que esta mujer había de ser ‘la mujer de la discordia’ y enemistad entre vosotros y los de Colhuacan, y para que lo que yo tengo determinado se cumpla, matad esta moza y sacrificadla a mi nombre, a la cual desde hoy la tomo por mi madre. Después de muerta, desollarla heis toda y el cuero, vestídselo a uno de los principales mancebos, y encima vestirse ha los demás vestidos mujeriles de la moza. Y convidaréis al rey Achitometl que venga a adorar a la diosa, su hija, y ofrecerle sacrificio”.

Es preferible dejar la narración con esta cita que cuenta los hechos, si bien precipitadamente, con el tono arcaico del español del siglo de la Conquista.

El descubrimiento que hace Achitometl, en un cuarto oscuro sólo accesible a los grandes sacerdotes, al lado de la imagen del dios, del personaje que está disfrazado con la piel de su hija y permanece al lado del ídolo de Huitzilopochtli, lo horroriza y lo pone en pie de



guerra. Cuando esta imagen inenarrable es alumbrada por una tea de utilidad para las ofrendas, “que aclarándose la pieza con el fuego, vido al que estaba junto al ídolo sentado, vestido con el cuero de su hija...” Achitometl armó de nuevo a su pueblo contra los mexicanos. Estos huyeron navegando y nadando en el lago hasta refugiarse en un lugar inaccesible llamado Tlacocomoco. Este es el nombre original del sitio donde afundó el corazón de Cópil. Huitzilopochtli tomó con el nombre de Toci, “su madre, su abuela” a la princesa sacrificada. El rito contra los culúas es una orden de guerra del dios. A partir de entonces se levantó sobre la faz de Mesoamérica, el poderío de los tenochcas. Y así se cumple la instrucción original de la deidad de dominar a los pueblos del valle, por vía de la guerra.